

B561

M4

A7



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

156988

[5]

DISCURSO

PRELIMINAR.

Para conocer los verdaderos principios de una secta religiosa ó filosófica, antigua ó moderna, no hay que buscarla en las obras de un solo autor, porque no se formaría de ella sino una idea tanto mas imperfecta, quanto, á pesar del espíritu general y dominante de la secta, á la qual nos arrimamos, suele hacerse una filosofía, como nos formamos una religion, segun el temperamento, el carácter y las pasiones. Pascál, devoto atrabiliario y melancólico: Fenelón, piadoso, sensible y tierno; pero los dos, igualmente

A 3

[6]

convencidos de la verdadera existencia de Dios, no tenían de él la misma idea, y no le veían baxo el mismo aspecto: la idea general y abstracta era necesariamente la misma; pero la idea particular era muy diferente. Lo mismo sucede con todos los objetos: estos tienen qualidades generales y comunes, que todos los hombres perciben, poco mas ó menos, del mismo modo, y de acuerdo convienen en su existencia; pero las ideas particulares que estos objetos excitan actualmente en su espíritu, las que despiertan, freqüentemente bien distantes las unas de las otras, las impresiones que dexan en el cerebro ó la substancia encerrada en la cabeza; no solo varían de un individuo á otro en el mismo ins-

[7]

tante, sino en el mismo individuo considerado en dos instantes, ó en dos estados diversos: como, por exemplo, en el estado de la salud ó de la enfermedad; en la juventud, en la madura edad ó en la vejez, &c. &c. No hay que admirarse de la poca uniformidad que reyna en los principios de los antiguos filósofos, como nos han sido transmitidos por sus discípulos. De estos diferentes principios, los unos se han dulcificado, corregido y cambiado, y los otros han sido exâgerados, y llevados al extremo, segun la organizacion fuerte ó endeble, y el espíritu circunspecto ó atrevido de aquellos que fundaban en ellos su filosofía.

Para no hablar aquí sino de

A 4

la moral de Zenón , es evidente , según lo que precede , que ésta , ni fué , ni pudo ser la misma para todos los Estoicos ; y lo es igualmente , que no se le nota el mismo carácter en sus escritos. En general no hay filósofo alguno , ni teólogo tampoco , que haya conservado en toda su pureza la doctrina de su maestro ; y tampoco podría atribuirse al uno y al otro , aunque dixeran las mismas cosas , y se sirvieran de los mismos terminos. Séneca declara en varios lugares de sus obras (1) , que él busca la verdad sin guía : “ Yo

(1) Véase el tratado de la Vida dichosa , cap. 3 , y la Carta 45.

„ no me sujeto á nadie , dice ,
 „ yo me permito el tener un pa-
 „ recer : en sujetándose al de un
 „ solo autor , ya no somos de
 „ una secta , sino de una faccion.
 „ Yo respeto los pareceres de
 „ los hombres grandes , sin pres-
 „ cindir del mio.” Es verdad que se encuentran en las reflexiones de Marco Antonino las máximas fundamentales del estoicismo ; pero tan presto restringidas , y tan presto generalizadas , según juzgaba que estas alteraciones diferentes eran necesarias para desenvolver , aclarar ó rectificar los principios que habia aprendido para arreglar su conducta.

Epicteto parece ser de todos los discípulos de Zenón , el que menos se apartó de sus ideas. Es un error el creer que él le

[10]

haya (1) abandonado sobre el artículo del suicidio; dogma común á todos los filósofos de esta secta (2); y puede añadirse, y á toda la antigüedad. La teología pagana no lo enseñaba expresamente; pero estaba en al-

(1) Uno de sus traductores ha sostenido esta extraña paradoxa; pero con pruebas mas especiosas, que sólidas. Véase la nota siguiente.

(2) Véase á Arrián, lib. 1, cap. 9, 24 y 25, y el l. 4, c. 10, de Séneca, epist. 12; y sobre todo, epist. 70. Por lo que hace á Marco Aurelio, no citaremos sino este pasage de sus reflexiones: «Sal de la vida, si te se hace importuna; pero sal de ella sin quejarte, y sin murmurar, como de un quarto que humea.»

[11]

gun modo consagrado por un largo uso, mas ó menos en vigor, segun los tiempos, y porque las leyes (1) no dexaron de

(1) Todo el mundo sabe que la ley Romana no señalaba pena alguna contra el suicidio; y lo que no es menos reparable es, que todas las causas que podian llevar al hombre al extremo de darse la muerte, están previstas y estipuladas en esta ley que sigue: *Si quis impatientia doloris, aut tædio vitæ, aut morbo, aut furore, aut pudore, mori maluit, non animadvertatur in eum.* Véase el Digesto, libro 48, tit. 21; y el Código, lib. 9, tit. 50, de *Bonis eorum, qui mortem consciverunt.* Ha habido naciones enteras que han mirado el suicidio como permitido. Entre los Embaxadores Indianos que Augusto recibió

tolerarlo , á no ser en el reynado de algunos Emperadores , á quienes la avaricia dictó sobre este objeto , reglamentos particu-

bió en Samos , de parte de Pandion y de Poro , Reyes de las Indias , se halló un filósofo de la misma nacion , que habiendo vuelto con el Emperador á Atenas , se hizo quemar en una hoguera , por no exponerse , decia , á los caprichos de la fortuna , y á la inestabilidad de las cosas humanas. Púsose sobre su sepulcro este epitáfio : "Aquí yace »Zarmanochégas , Indiano de Barygosa , que segun el antiguo uso »de su nacion , se ha dado la muerte á sí mismo." *Apud Strab. géogr. lib. 15 , p. 1048. edit. Amst. 1707. Confer. quæ Dio , in August. l. 54 , cap. 9 , pág. 739 , ed. Hamb.*

lares , en los quales el interés tuvo mucha mas parte que el de la religion (1).

(1) Luego que aquellos que se quitaban la vida á sí mismos , eran acusados ó juzgados culpables de un crimen cuya conviccion prescribia la confiscacion , sus bienes eran aplicados al Fisco ; y en el caso en que el crimen , por el qual se habian quitado la vida , no se sujetase á la confiscacion , se le entregaban al heredero legitimo : ley iniqua , arbitraria , y puramente fiscal , que ponía todos los bienes de los ricos en las manos del tirano , cuya avaricia jamás dexaba de hallar pretextos para hacer acusar y declarar culpables de crímenes grandes á todos aquellos que tenia interés de perder. Véase el Rescripto de un Emperador , citado en el Digesto

El Manual de Epicteto encierra el resumen de su filosofía, ó mas bien el del Pórtico, del qual fué el realce y el apoyo. También tenemos sus discursos morales, recopilados igualmente por Arrián, los cuales pueden mirarse como una especie de comentario de su Manual; con esta diferencia, que aquí es el autor mismo el que desenvuelve, explica y aclara sus propias ideas, en vez de que freqüentemente los intérpretes no entienden las que comentan, ó no ven sino un lado del objeto, quando sería preciso el mirarle por

gesto, lib. 48, tit. 21. Ley 3, §. 1, 2 y 3, ff. De Bonis eorum, qui antè sententiam, mortem sibi consciverunt.

todas sus partes, y penetrarle, por decirlo así, todo entero, de una mirada.

Pocas relaciones nos quedan de la vida de Epicteto. El tiempo, y aun mas la ignorancia y la supersticion, que han hecho perecer tantos monumentos preciosos de la antigüedad, frutos del ingenio y de la libertad, han destruido aquel que Arrián (1) habia elevado á la gloria de su ilustre maestro. Lo que puede concluirse de varios hechos esparcidos en los historiadores, y lo que en el fondo nos importa

(1) El habia compuesto una vida muy circunstanciada de Epicteto. Véase el Prefacio de Simplicio sobre el Manual.

[16]

mas el saber, es, que en el siglo tempestuoso y corrompido, donde, por observarlo de paso, apenas se hallaban gentes honradas sino entre los Estoicos, Epicteto se manifestó siempre amigo del orden y de la virtud; tan verdad es, como lo dice Marco Antonino, que por todas las partes en donde se puede vivir, se puede vivir bien (1). Pero bien diferente de los Sacerdotes del Paganismo, cuyas acciones estaban sin cesar en contradiccion

(1) Hablando Tácito de la conducta de Agrícola, báxo el reynado de Domiciano, dice en el mismo sentido: *Sciant quibus moris illicita mirari, posse etiam sub malis principibus magnos viros esse.* In Agricol. cap. 42.

[17]

con sus preceptos: Epicteto no se ciñó á perfeccionar la teoría de los deberes; hizo mas, los practicó, y siguió sus costumbres con toda la austeridad de sus principios especulativos. Él fué buen amigo, buen ciudadano, vasallo fiel, y lo que sobre todo merece notarse es, que amó y observó su regla mientras vivió con igual fervor al de un novicio. Nadie como él ha simplificado la moral: él reduxo las mas útiles lecciones de ella á esta fórmula, que ciertamente forma un gran sentido: "Abstenerse, y sufrir."

Para juzgar bien la fuerza y el resorte que prestan al alma el desprecio de la muerte y del dolor, y para conocer todas las ventajas de una educacion pública y

Tomo III.

B

nacional, que tuviera por base este principio, que puede mirarse como la causa primera de todo lo que los Romanos han hecho de bueno, de útil y de grande, es necesario leer á Epicteto: allí se ve la calma y la serenidad en la desgracia y en los reveses de la vida: la elevacion de los sentimientos en la servidumbre y el abatimiento: el valor en los sufrimientos: la paciencia en la miseria y en la pobreza: el perdon de las injurias; en una palabra, todas las virtudes cuya práctica exige los mayores sacrificios llevados á un punto de perfeccion que admira, pero que prueba al mismo tiempo, que la naturaleza habia hecho á Epicteto estoico, asi como Cynico á Diógenes. El estoicismo

era en él, por decirlo así, una virtud de temperamento; y podria asegurarse, que esta doctrina, tan dura y tan severa, que parece que Zenón no habria seguido sino por razon, Epicteto la hubiera encontrado por instinto: ella resultaba de su constitucion física. En efecto, el estudio, la meditacion, la opinion, la costumbre, el amor de la gloria, la esperanza de vivir en la memoria de los hombres, la sola cosa, dice un antiguo, que puede consolar la brevedad de la vida, el deseo bastante general de hacer honor á la doctrina que se profesa, con su virtud y sus sacrificios, para representarla mas respetuosa á los ojos del pueblo; estas diferentes causas puramente morales, reunidas todas, no

son bastante poderosas para dar al hombre aquella resignacion héroyca en todos los sucesos (1), y aquella impassibilidad estoica, de la qual Epicteto presentó constantemente el modelo. La experiencia prueba, que estas causas modifican al hombre mas ó menos; pero ellas no mudan su naturaleza, ni hacen, según la expresión misma de Séneca, un ser de bronce (2).

(1) Véase un hermoso discurso de Epicteto sobre el estado en que deseaba le sorprendiese la muerte. *Apud Arrián, lib. 3, cap. 5.*

(2) No conozco sino una sola causa que transforma absolutamente al hombre, y que da al individuo mas debilmente constituido una fuerza física extraordinaria: le ha-

Luego que un filósofo, llamado al Tribunal de las Leyes por algunos escritos inconsidera-

ce soportar tranquilamente los mas vivos dolores, arrostrar los peligros mas urgentes, y esperar la muerte con intrepidez; y ésta es el fanatismo. Puede tambien, con respecto á esto, hacerse esta causa mas activa, mas enérgica que la organizacion que sustituye, como el delirio y el frenesí en las enfermedades agudas. El fanatismo es el mismo en el que sufre, y en el que hace sufrir sin experimentar la menor emocion, ni el mas ligero movimiento de piedad; y él produce en ellos los propios efectos. Él quita á aquel el sentimiento de sus propios males, y hace á éste absolutamente insensible á los males de los otros: es la misma disposicion aplicada á casos diferentes.

dos , no cree que debe rehusar á la verdad una confesion y un sacrificio que cien fanáticos han

Colóquense diversamente estos dos individuos , y se verá el mismo resultado. Pero es menester observar, que el fanatismo en general es una causa accidental y momentánea : es una enfermedad del cerebro , que tiene sus accesos , su paroxismo , su declinacion y su resolucion. Pasa como una epidemia ; y su duracion , así como sus efectos , varía segun el progreso de las luces , y el espíritu general y dominante del siglo. A veces se encuentra tambien unido al temperamento mas ardiente , al mas sombrío , al mas melancólico y á la organizacion mas fuerte ; y entonces causa los mayores males , y no se apaga sino con la vida. En todos los casos hace al hombre atróz ó insensato. Pero aquí

no

hecho á la mentira , y se determina á sellar su doctrina con su sangre , con la esperanza de dar por este acto de firmeza una sancion mas fuerte á sus discursos y á sus opiniones ; no puede negarse que esta conducta , que por otra parte puede parecer mas ó menos sábia , mas ó menos conforme al objeto que se propone , manifiesta energía y carácter. Pe-

no consideramos los efectos constantes de las causas físicas , que son las solas causas real y necesariamente tales , porque obran incessantemente , y su accion puede acelerarse todavía , y multiplicarse tambien por el concurso y la reunion de todas las causas morales. Véase el texto , despues del pasage que forma el asunto de esta nota.

B 4

ro no se compare una sola accion con el tenor entero de la vida , ni se saquen de un fenómeno particular conseqüencias generales. Por penoso que entonces sea el sacrificio , y sea el que se quiera el esfuerzo , es el negocio de un momento : y si es preciso creer á un buen Juez en esta materia, "es una cosa comun el correr á
 „ la muerte por impetuosidad de
 „ espíritu ; pero solo una alma
 „ grande que haya deliberado si
 „ es menester vivir ó morir , pe-
 „ sa exáctamente los motivos de
 „ una parte y otra , y se deci-
 „ de por el peso de la razon , ó
 „ á morir ó vivir (1)."

(1) *Id ergo arduum imprimis et præcipua laude dignum puto. Nam im-*

Observemos todavía con respecto al filósofo que prefiere la muerte á la desaprobacion pública de sus opiniones , que si su vida debiera ser como la del estoico , una larga prueba de paciencia y de valor , y , por decirlo así , la lucha continua de un solo hombre contra la naturaleza ; si su suplicio debiera durar solamente algunos dias , no vacilaría para retractarse , y hacer ceder el interés de la verdad (al progreso de la qual no es indife-

*impetu quodam , et instinctu procur-
 rere ad mortem , commune cum mul-
 tis : deliberare verò et causas ejus
 expendere , utque suaserit ratio , vi-
 tæ mortisque consilium suscipere vel
 ponere , ingentis est animi. Plinius,
 l. 1 , epist. 22.*

rente por otra parte, que él viva ó que muera) (1) á una ley mas fuerte, mas imperiosa, y la primera de todas, que es la de la conservacion. Sin duda, la educacion, la razon perfeccionada por la experiencia y la reflexi3n, pueden ayudar, fortificar, corregir, ó cambiar tambien hasta un cierto punto las disposiciones naturales; pero si la máquina es débil ó mal constituida: si el género nervioso es demasiado sensible, demasiado irritable: si el jóven educando no tiene pasiones; en una palabra, si la orga-

(1) *Si industria ac rigor adsint, eo laudis excedere, quo plerique per abrupta, sed in nullum reipublicæ usum, ambitiosa morte inclaruerunt. Tacit. vita Agric. cap. 42.*

nizacion contradice sin cesar las sábias lecciones del maestro, y se opone constantemente á su efecto; como la ley eterna é invariable establece en el universo, que siempre lo físico arrastre lo moral, estas lecciones no tendrán sobre el hombre sino una influencia débil y pasajera, y la naturaleza quedará la mas fuerte. Esto es lo que tal vez hizo decir al sabio Bordeux: “¡Dichosos aquellos que tienen su filosofía en la sangre!” A lo menos es cierto, que ésta es la mejor y la mas segura; y ésta fué particularmente la de Epicteto. Mientras Séneca, Marco Aurelio, y la mayor parte de aquellos que habian abrazado la secta de Zenón, estoicos ya por institucion, hacian inútiles esfuer-

zos por ser consiguientes á sus principios , y se desesperaban de quedar hombres (1); Epicteto armado , por decirlo así , por la naturaleza contra todas las penas de la vida , encontraba en la extremada fuerza de sus órganos recursos suficientes para soportar con paciencia el estado de baxeza á que se hallaba reducido: los desprecios y los ultrages de un maestro insensato ; y en fin , los males mas crueles y prolongados.

Entre los muchos hechos in-

(1) Yo os exhorto á la firmeza, dice Séneca á Lucilio ; yo que he llorado con exceso á mi caro Sereno ; yo á quien pueden contar, y me avergüenzo , entre aquellos á quienes el dolor ha vencido. *Epíst.* 63.

teresantes de la vida de estos filósofos , hay uno sobre todo , que confirmando estas reflexiones , hace mas sensible el resultado de estas diferentes disposiciones orgánicas.

Epafródito , hombre brutal y feróz hasta en sus juegos , tenia el bárbaro placer de atormentar á Epicteto , y se divertia en torcerle una pierna: Éste le dixo sonriendo , y sin alterarse : “ Si continuáis , me rom-
” peréis la pierna : ” lo que en efecto sucedió. Entonces Epicteto repuso friamente , y con un rostro tranquilo : “ Bien os dixe,
” que me romperíais la pierna. ”

Marco Aurelio perdió su Gobernador , y penetrado de sentimiento , olvidó su constancia ordinaria , y lloró. Los cortesanos,

siempre dispuestos á ridiculizar las virtudes que no poseen, y mas vanos de una buena chocarrería, que lo que las almas honradas deben estarlo de una buena accion; se burlaban de este jóven Príncipe en presencia del Emperador, el qual se lo tachó con una palabra sentenciosa, en donde brillan á un tiempo la bondad de su corazon, y la precision de su entendimiento. „ Per-
 „ mitidle el ser hombre, les di-
 „ xo, ni la filosofía ni el imperio
 „ quitan las pasiones. (1) ”

Se puede unir á este exem-

(1) *Permittite illi (inquit) ut homo sit: neque enim vel philosophia, vel imperium tollit affectus.* Jul. Capitol. in Antonino Pio, cap. 10.

plo el de Posidonio. Pompeyo, á su vuelta de Siria, fué expresamente á Rodas para oír á este filósofo; pero no se prometia conseguirlo de un hombre atormentado de agudos dolores: “El es-
 „ tado de sufrimiento en que me
 „ encontráis, le dixo Posido-
 „ nio (1), no me impedirá el

(1) *At ille, tu verò, inquit, potes: nec committam ut dolor corporis efficiat ut frustra tantus vir ad me venerit. Itaque narrabat (Pompejus) eum graviter et copiosè, de hoc ipso. Nihil esse bonum nisi quod esset honestum, cubantem disputasse; cumque quasi faces ei doloris admoverentur, sæpè dixisse: Nihil agis, dolor; quamvis sis molestus, numquam te esse confitebor malum. Apud Cicer. Tusc. disput. lib. 2, cap. 24.*